

Lo principal de la catequesis es enseñar a orar el Padrenuestro

Antonio Cañizares Llovera

Prefecto de la Congregación para el Culto Divino

**Homilía pronunciada el 26 de enero en la Eucaristía de
apertura de las Jornadas de Delegados de Catequesis 2009,
memoria de san Timoteo y san Tito**

Hemos celebrado la fiesta de la conversión de san Pablo, a quien el encuentro con Cristo transformó enteramente e hizo de él un hombre nuevo, para constituirlo en instrumento de anuncio de lo que había acontecido en él: el amor de Dios. Un amor que es Dios con los hombres, Dios que se apiada de los hombres, Dios que renueva a los hombres y hace que surja una humanidad nueva hecha de hombres nuevos, que han acogido la novedad de la vida de Jesucristo y la novedad del Evangelio.

Hoy san Pablo se dirige a uno de sus discípulos y le dice que hay que tomar parte en los duros trabajos del Evangelio que suponen tener la osadía, la valentía y la decisión para anunciar a Jesucristo. Dice Pablo en la *Carta a los Romanos*: yo no me echo atrás, porque el Evangelio es fuerza de salvación para todo el que cree. Es ahí donde está verdaderamente el futuro de la humanidad, por eso no podemos tener miedo, por eso nos dedicamos enteramente, en cuerpo y alma, a anunciar lo que nosotros hemos experimentado y vivido por la fe en Jesucristo dentro de la Iglesia: Cristo, Dios mismo, está con los hombres, Dios ama los hombres. Lo hacemos sin ningún miedo, sin ningún temor, con toda libertad, poniendo enteramente la confianza en Dios. Sin cadenas, esto es, sin ningún otro apoyo que no sea precisamente Dios. No podemos ir con cálculos, ni con nuestras estrategias u opiniones, sino solamente apoyándonos en Dios, en la fuerza de Dios, en la fuerza del Evangelio que está en acción para todo el que lo acoge verdaderamente.



Disponibilidad absoluta, identificación con Jesucristo quien dice: «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad» (*Hb 10, 15*), esa es verdaderamente la actitud profunda del evangelizador: hacer la voluntad de Dios. Y la voluntad de Dios no es otra que la de que su amor alcance a todos los hombres, que su salvación llegue a todos y lo penetre todo y lo transforme todo, para que todo sea colmado con la plenitud de su don, ese don que se nos entrega en la persona de Jesucristo.

El anuncio de la Salvación también nos urge y apremia, no podemos dejarlo, como tampoco hay nada que nos pueda impedir que el Evangelio sea anunciado, porque el Evangelio es lo que el hombre necesita. Si nosotros decimos ayudar a los hombres, la mejor ayuda, la mejor manifestación de que somos testigos de la caridad de Dios, es que anunciemos el Evangelio a los demás para que crean, para que entren en comunión con nosotros, para que vivan verdaderamente el encuentro con Jesucristo que cambia y renueva todo. El mundo no tendrá futuro sin Dios, el futuro del mundo no será sin Jesucristo porque no se puede construir el mundo al margen de Jesucristo.

Es cierto que apremian muchas realidades. Ahora, a raíz de la crisis económica, urgen muchas cosas, pero más allá de la crisis económica está la necesidad de Cristo, de que el Reino de Dios se haga presencia viva, realidad viva en medio de los hombres. Y para eso existe la catequesis, que es uno de los instrumentos fundamentales para el servicio de la evangelización.

Hay otro aspecto que considero importante señalar y tiene mucho que ver con estas Jornadas centradas en la reflexión sobre una catequesis para conducir a la oración. La catequesis que no conduce a la oración no es catequesis. Se trata de hablar de Dios, pero hablar de Dios para darle gloria, hablar de Dios para que el hombre adore a Dios. Dios es el centro, la adoración de Dios es la expresión de la vivencia, la expresión del hombre verdaderamente nuevo que reconoce su verdad: el ser criatura de Dios, amado por Dios, en el que Dios se vuelca enteramente. Hablar de Dios para darle gloria, para que el hombre le invoque, le alabe y le bendiga es otra forma de hablar de Dios. Cuando se adora a Dios, cuando se ora, cuando se pone la confianza en Él, cuando se responde a Dios con la oración, entonces se reconoce a Dios mismo, se reconoce que Él está en medio de nosotros, junto a nosotros, que se le puede invocar. Esto es verdaderamente lo que transforma el mundo, la invocación de Dios de la que habló el papa Benedicto XVI a los jóvenes en Colonia. Es la revolución del amor, porque Dios es amor, y la revolución de la esperanza, porque Él es la verdadera y la

gran esperanza. Esperanza de una humanidad nueva que anticipa ya esa humanidad totalmente liberada en el Reino de los Cielos.

Por todo esto me parece que estas Jornadas sobre la catequesis y la oración son, en estos momentos, de una grandísima importancia. Me viene a la memoria el recuerdo entrañable de D. Antonio Palenzuela, que decía: «Mirad, lo principal de la catequesis es enseñar a orar de verdad el Padrenuestro, ahí está lo fundamental». Si no lo hacemos, nuestra catequesis será moralizante pero no habremos transformado el corazón del hombre o no habremos ayudado a transformar ese corazón, que siempre es, no obra nuestra, sino obra de la gracia de Dios, del don de Dios.

Es ese don de Dios el que va a hacerse presente en la Eucaristía y es también nuestro reconocimiento y nuestra adoración a Dios precisamente en la Eucaristía. La Eucaristía es adoración, es sobre todo adoración. Es unirse a Cristo, que se ofrece enteramente al Padre, reconociendo que todo viene de Él y que solamente en el cumplimiento de su voluntad está la plenitud, está la vida.

Esta Eucaristía nos anima a comenzar estas Jornadas, aprovechando todo lo que el Espíritu Santo nos inspire para que nuestra catequesis sea revitalizada, sea verdaderamente anuncio para que el mundo crea, alabe, bendiga, adore a Dios y le invoque. Que así sea.

